

gua la concupiscencia de la carne y demás apetitos groseros; que va descubriendo poco á poco la nobleza y dignidad de la virtud y la malicia y fealdad del vicio, y que insensiblemente enciende el corazón en deseos de amar á Dios y de avanzar en el camino del cielo. Por eso escribió San Jerónimo á un religioso llamado Rústico: «No se aparte nunca el libro de tus manos; ama la verdadera ciencia que enseñan los libros santos, y yo te aseguro que muy pronto te enamorarás de la virtud y detestarás el vicio» (1). Y en otra carta dice á Eustoquio, virgen: «Sorpréndate el sueño leyendo, y cuando vencida del sueño cabeceares, caiga tu cabeza sobre el libro santo» (2).

Este empeño de los Padres y escritores eclesiásticos en encarecer á los fieles la frecuente lectura de buenos libros, quizá parezca exagerado á los que no han logrado apreciar los inefables bienes que atesora, porque tienen descuidado este ejercicio. *Si conocieran el don de Dios y quién es el que habla* (3) en la lectura, sin duda mudarían de parecer al verse dulcemente atraídos por las corrientes de suavidad que fluyen de las palabras de Dios (4), pues no es otro el que *habla al corazón* (5) cuando leemos. Así lo expresa San Ambrosio: «Cuando oramos—dice—hablamos con Dios, y cuando leemos oímos á Dios» (6). Y añade San Agustín: «Mientras leyeres, piensa que Dios te está diciendo aquello que lees, no para que lo sepas, sino para que lo cumplas y pongas por obra» (7). Así es, hermanas mías; sin ruido de palabras habla Dios al alma (8) en la lectura y la dice con el profeta Isaías: *Yo soy el Señor Dios tuyo, que te enseñe cosas útiles y te dirijo por el camino que debes seguir* (9). Y como la

(1) Epist. IV.  
 (2) Epist. VIII.  
 (3) Joann., IV, 10.  
 (4) Psal. XXXIII, 9; Psal. XVIII, 11; Psal. CXVIII, 103.  
 (5) Osee, II, 14.

(6) Lib. I. Offic., cap. 20.  
 (7) Serm. 12, de temp.  
 (8) Cant., V, 6; Isai., XLII, 2; Matth., XII, 19.  
 (9) Isai., XLVIII, 17.

*palabra de Dios es viva y eficaz*—dice el Apóstol—y *más poderosa para penetrar hasta los pliegues del alma que una espada de dos filos* (1), al derramarla Dios en el corazón que de ella se nutre en la lectura, lo humilla y lo entenece y lo inflama (2) y lo transforma y lo convierte.

*Ejemplos.* Corroborada esta verdad el tierno relato de la maravillosa conversión del Doctor de la Iglesia San Agustín. Atraído por la elocuencia sagrada que fluía á raudales de los labios de San Ambrosio, Arzobispo de Milán, acudía Agustín al templo para escucharle, «no con la intención que debiera—como él mismo confiesa,—sino para explorar su facundia y elocuencia, á ver si era correspondiente á su fama» (3). No obstante, la gracia de Dios, que había comenzado la obra de su conversión conduciéndole al templo para que oyese la palabra que da vida á los muertos (4), obraba secretamente en su corazón, y lo que no había logrado esta misma palabra anunciada en el púlpito, vino á lograrlo leída en el libro. Sumido Agustín en profundas reflexiones y conmovido su corazón por la muchedumbre de sus pecados, que ya detestaba y aborrecía, echóse aturdido al pie de un árbol, y soltando la rienda á su dolor, brotaron de sus ojos abundantes lágrimas que Dios aceptó benigno, pues al punto oyó Agustín una voz del cielo que decía: «Toma y lee; toma y lee»; y abriendo las cartas de San Pablo, leyó una de las sentencias más enérgicas de este Apóstol (5), que llenó de luz su corazón y trocó su llanto en gozo nunca experimentado. «Desde entonces, dice á Dios el santo, ya sólo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mi canso, mi Señor y mi Dios» (6). ¡Admirable triunfo de la

(1) Hebræ., IV, 12; Ephes., VI, 17.  
 (2) Psal. CXVIII, 140; Psal. XVIII, 8.  
 (3) Confes., lib. V, cap. 13.

(4) Luc., VII, 14; Joann., V, 24; Joann., XI, 43.  
 (5) Rom., XIII, 13.  
 (6) Confes., lib. IX, cap. 1.

gracia que conquistó para la Iglesia uno de sus defensores más elocuentes, y para Dios uno de los corazones más enamorados! Y no fué sólo Agustín quien logró experimentar la soberana influencia que ejerce la gracia divina por medio de la lección espiritual en los corazones bien dispuestos. También confiesa San Gregorio Nacianceno que experimentó una mudanza radical en su corazón merced á la frecuente lectura de los libros de ascética que había escrito San Basilio; y San Ignacio de Loyola logró el mismo resultado con la lección—fortuita al parecer—de las vidas de los Santos; y San Felipe Neri, con la asidua lectura de la portentosa vida de los monjes de Egipto; y Santa Teresa de Jesús refiere en su vida que, aficionada en su tierna edad á leer las «Actas de los Mártires», sintióse tan encendida en deseos de gozar los bienes eternos que leía haber en el cielo, que «concertó con su hermanito ir á tierra de moros, pidiendo «limosna por amor de Dios, para que allá los descabezasen; »y desde entonces—dice la Santa—quedó vivamente impresso en mi corazón el camino de la virtud» (1). Tales son los frutos que produce la lectura espiritual en las almas que en ella se ocupan. Mas para obtener tan felices resultados y que la gracia divina no halle obstáculo que impida su triunfo en el corazón del que se ocupa en la lectura, debe ésta reunir algunas condiciones que voy á indicar ligeramente.

*Práctica.* 1.<sup>a</sup> Puestos en lugar retirado, tomemos el libro con santo recogimiento, y hallado el asunto de la lectura, levantemos el corazón á Dios y pidámosle gracia para aprovecharnos, y busquemos en el libro la verdad, y no la elocuencia; la devoción, y no la profundidad; el saber salvarnos, y no el sabor literario para entretenernos y recrearnos. Luego demos principio á la lectura imaginando lo que

(1) Vida, cap. I, n. 2

admirablemente pondera San Gregorio, diciendo «que la »lectura santa es una carta que el todopoderoso Dios nos »ha escrito, en la cual nos descubre sus secretos y nos manifiesta su divina voluntad» (1). Por tanto, creamos que Dios no habla y dice lo que leemos para que lo pongamos en ejecución. *Procuremos entender lo que leemos*, dice Jesucristo por San Mateo (2), y si no lo entendemos, hablémosle á Él, que *cerca está de nosotros* (3), y pidámosle que nos abra el sentido para entenderlo (4).

2.<sup>a</sup> De donde se infiere, que no debemos leer apresuradamente ni de corrida, como quien lee historia, sino con pausa y ponderación, dando lugar á que Dios nos hable al corazón; y de cuando en cuando, como aconseja San Bernardo, «miremos con los ojos de la fe al Señor que nos envía tal carta y al Maestro que nos enseña tal doctrina, y »hablemos con quien nos habla haciendo algunas breves peticiones de lo que allí se dice, representándole nuestras »mayores necesidades y recreándonos con la dulzura de su »palabra» (5). Si en la lectura hallamos alguna sentencia ó lugar devoto que nos mueva, detengámonos un poco meditando en ello y procurando que se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazón para pensarlo entre día y aprovecharnos de ello en las ocasiones, y de esta suerte, insensiblemente quedaremos más aficionados á la virtud y más arraigados y resueltos en lo que nos conviene, como asegura San Juan Crisóstomo (6).

3.<sup>a</sup> Procuremos además no leer mucho de una vez, porque así como no sustenta al cuerpo la mucha comida, sino la moderada bien digerida, así tampoco sustenta al

(1) Moral., lib. IV, cap. 40.  
(2) Matth., XXIV, 15; Marc., XIII, 14.  
(3) Psal. CXVIII, 151; Philipp., IV, 5; Act., XVII, 28; Psal., CXLIV,

18; Isai., LV, 6; Matth., XXIV, 33.  
(4) Psal. CXVIII, 34.  
(5) Ad frat. de Monte Dei; Cant., IV, 3; Psal. XVIII, 15.  
(6) Homil. 35, in Génes.

alma la lección larga, sino el digerirla bien. Y conviene—dice San Bernardo—no echar al olvido lo que acabamos de leer, sino guardar algo en la memoria para entenderlo después mejor con la consideración de lo que más nos ha movido y pueda ayudarnos á nuestro aprovechamiento espiritual. Y así andaremos todo el día ocupados en cosas buenas y santas y nos veremos libres de muchas tentaciones y peligros. La lectura que reúna todas estas condiciones, seguramente ha de ser provechosa y muy fecunda en buenos resultados para el alma que aspira á la perfección de su estado.

Cuanto á la elección de libros espirituales y mayormente de los que sirven de esparcimiento y honesta recreación al espíritu, atengámonos siempre al prudente y seguro dictamen de nuestros directores ó superiores, y no cedamos nunca á la vana y peligrosa curiosidad de leer ni aun de hojear ningún libro profano ó desconocido sin el debido consejo, si deseamos conservar la paz del corazón que constituye un tesoro más estimable sin comparación que toda la ciencia de los hombres y todas las riquezas del mundo (1); y enemigos de esta paz son—por punto general—los libros profanos de recreo, aun los que no atacan abiertamente las buenas costumbres, porque disipan el espíritu, enfrían la devoción y no dejan arraigar en el corazón la buena semilla que en él derraman los libros espirituales y devotos.

Aficionémonos, hermanas mías, á la lectura de estos libros santos, porque ellos nos enseñan el camino que á Dios conduce y los estorbos y precipicios que en él se hallan; ellos nos señalan los mejores pasos y atajos para llegar con mayor seguridad y prontitud al feliz término y posesión de nuestra verdadera patria, ya que son el conducto por donde

(1) II. Corinth., I, 12; Sapient., VII, 9.

Dios nos habla. Gran cosa es tener á Dios por Maestro, cursar en su escuela y oír de su boca palabras de vida eterna (1). Mas como *no basta para ser justificados oír ó leer sólo la Ley, sino que es necesario también observarla* (2), *ni se llaman bienaventurados en el Evangelio los que oyen ó leen la divina palabra, sino los que la guardan en su corazón para cumplirla* (3), menester es, si de veras queremos aprovechar, que nuestro corazón intervenga también en la lectura. Allí, en lo más secreto de esta entraña ha de resonar la palabra de Dios mientras leemos, porque á sólo Dios es permitida la entrada en el santuario de nuestro corazón y «sólo Él puede» hablar allí como Maestro», dice San Agustín (4). Allí es donde se mudan las costumbres y nacen los buenos deseos y se forman las más saludables resoluciones. En el corazón es donde la palabra de Dios, leída con ponderación y reposo, ha obrado en muchas almas una verdadera revolución espiritual, derribando todos los ídolos de las pasiones, aficiones ó apegos mundanos, destruyendo todos los altares en que se adoraba á la criatura, pisoteando el incienso que sacrílegamente se la ofrecía, persiguiendo á todas las víctimas inmoladas en su obsequio y erigiendo sobre estos escombros un trono á Jesucristo, vencedor del mundo y del infierno (5). Veis aquí el fruto de la lectura piadosa.

Y para hablar con llaneza, por si no me habéis entendido: si alguna vez notamos en la lectura algo que logre mover las fibras de nuestro corazón, entonces debemos escuchar atentamente la voz de Dios que viene á turbar nuestra falsa paz (6) poniendo el dedo en la llaga (7); entonces debemos

(1) Joann., VI, 64.

(2) Matth., VII, 24; Rom., II, 13; Jacob., I, 22.

(3) Luc., XI, 28; Matth., VII, 21.

(4) De prædest. sanct., tom. X, cap. 8.

(5) Joann., XII, 31; Joann., XVI, 33.

(6) Jerem., VI, 14; Ezech., XIII, 10.

(7) II. Reg., XII, 7; Psal. XXVII, 3.

practicar el consejo del Sabio (1), esto es, creer que va dirigida á nosotros aquella reprensión ó aquel aviso de la gracia; y si el golpe no ha profundizado lo suficiente, tomemos nosotros mismos el arma y hundámosla más, hasta que logre tocar en lo más sensible de la herida, esto es, detengámonos á examinar cuál es la voluntad de Dios en aquel punto, y desoyendo los sofismas y protestas del amor propio, cooperemos resueltamente á la gracia actual que está llamando á nuestras puertas (2), proponiendo lo que más conduzca á la mayor gloria de Dios y á la reforma de nuestra vida. Que triunfe la gracia en esos momentos supremos, aunque el corazón gima destrozado por el dolor, aunque brote por los ojos la sangre de la herida, es decir, las lágrimas que San Agustín llama con suma elegancia «sangre del alma» (3). Entonces habremos leído provechosamente.

Pero tenemos que confesarlo, hermanas mías. ¡Cuántos sentimientos de compunción habrá obrado el Señor en nuestros corazones por medio de esta lectura, sin que hayan producido efecto respecto á la mudanza de nuestras costumbres! ¡Cuántas piadosas resoluciones, concebidas durante la misma, que parecían ser precursoras de una nueva vida, y que al cerrar el libro se estrellaron contra el primer escollo!... Y ¿no es esto triste, hermanas mías? ¿No es esto lamentable, tratándose de almas que, movidas por la gracia, han vuelto la espalda al mundo y sus vanidades, para consagrarse en cuerpo y alma al amor y servicio de su Dios? ¿No es esto incomprendible en religiosas que deben aspirar con ardor anhelante á la unión íntima con Cristo, á quien llaman Esposo á boca llena y, no obstante, parece como que tienen en poco su amoroso trato y comunicación, siendo así que el

(1) Eccli., XXI, 18.

(2) Apocal., III, 20.

(3) Serm. 351, tom. 5.º

trato del alma con Dios la levanta sobre la tierra, la muda y la hace celestial?...

Mas yo no debo proseguir lamentando este modo de proceder tan impropio de una religiosa, como ajeno del espíritu de fervor que veo resplandecer en todos los actos y pormenores de vuestra vida. Por ello debo ceñirme á suplicaros que sea frecuente y detenida vuestra comunicación con Dios por medio de la lectura devota; y si alguna vez la enfermedad, las muchas ocupaciones ó cualquiera otra circunstancia os hurtan el tiempo que debíais emplear en la meditación, muy ventajosamente podéis suplirla con la lectura, siquiera sea breve, de algún libro piadoso; porque *el Espíritu Santo*—dice San Juan—*se comunica á quien quiere y como le place* (1), y por ventura esa breve lección será para vuestra alma vena riquísima de un manantial inagotable de gracias y mercedes que os santifiquen y os preparen para asistir algún día como esposas á las bodas del Cordero immaculado en la patria celestial.

(1) Joann., III, 8; Psal. CXXXIV, 7; Rom., IX, 16.

